El hijo del Ajolote
columna
04.Enero.2026

Posicionamiento sobre el secuestro de Maduro.

Por Jonatan Romero.

En la madrugada del tres de enero, el gobierno de Donald Trump ejecutó una intervención imperialista en Venezuela, donde, en primer lugar, se perpetró un bombardeo estratégico contra instalaciones militares en Caracas, para posteriormente consumar el secuestro del presidente Nicolás Maduro por parte del ejército de los Estados Unidos. Este hecho histórico, evidenció que la oligarquía financiera emplea a uno de sus satélites para derrocar regímenes democráticos, siendo en este caso la Revolución Bolivariana el blanco de su accionar bélico. Lo que para muchos emerge como una muy mala sorpresa, para otros esto sólo es una fase más de la lucha de clases en América Latina, ya que los golpes de estado son la especialidad del tío Sam.

El manual establece, de manera general, que en estos casos las operaciones militares deben ir acompañadas de un infiltrado y/o de un corrompido. Podemos recordar, a modo de ejemplo, que en el caso de Francisco I. Madero, el traidor fue Victoriano Huerta; o el caso de Salvador Allende, donde el protagonista de la traición fue Augusto Pinochet. Respecto a lo acontecido en Venezuela, resulta evidente que la operación de extracción debió contar con un traidor, con quien tarde o temprano la historia saldará cuentas con ese esquirol deplorable. Por consiguiente, el protocolo estadounidense fue implementado de manera eficiente. Así, Nicolás Maduro cayó no sólo por una cuestión exterior, sino que una falla en su círculo más cercano resultó engañar al sistema de seguridad y esto fue utilizado a su favor por el ejército de los Estados Unidos para lograr el secuestro del presidente legítimo de Venezuela.

Otro elemento del manual, es una narrativa exagerada sobre el objetivo a derrocar. Por ejemplo, en Irak y Afganistán recurrieron a la excusa barata de que esos países tenían armas de destrucción masiva, y bajo ese argumento, su campaña bélica fue incentivada sin ningún problema. En el caso de Maduro, Trump utilizó la narrativa del narcotráfico, en donde el mandatario bolivariano tendría en sus manos armamento muy peligroso que ponía en riesgo la paz de los Estados Unidos, además de que al secuestrado se le señalaría como el líder de uno de los carteles más grandes de la región. El tío Sam ha utilizado el recurso más gastado de la historia de su imperialismo, por lo que en este momento, la credibilidad de sus actos están en números negativos. La sociedad ya no cree ni una pizca de sus mentiras.

En este sentido, Trump dijo en la rueda de prensa que María Corina Machado no iba a encabezar el nuevo régimen en Venezuela, porque su figura no tiene legitimidad en ese país. También su señalamiento resaltó una curiosa cualidad de la golpista venezolana: es una torpe. En el fondo, la cuestión de la democracia pasó a segundo plano, porque las acusaciones no giran sobre su conexión con la dictadura, sino todo lo contrario, el propio presidente yanqui reconoce la aceptación y apoyo de Maduro por su pueblo. La derecha, una vez más, quedó como unos payasos, en tanto que la narrativa de que Maduro se había robado la presidencia no tiene sustento en ninguna parte de la supuesta acusación por parte de Trump.

El cierre de esta farsa tan mala se da en el tenor de que Trump afirmó de manera tajante que las empresas petroleras tendrían acceso a los pozos de ese país y que sus ganancias estarían garantizadas dentro del mando y ejecución del régimen norteamericano. Al mismo tiempo, alguien preguntó de manera tajante ¿si sería rentable tal operación una vez destruidos algunos pozos? La respuesta fue clara, porque esas tierras dan mucho dinero según palabras del propio Trump. En el fondo, lo que el tío Sam busca en Venezuela no es defender su democracia, sino que su petróleo forme parte de los activos de las empresas petroleras de occidente o norte global.

Bajo este panorama, la clase trabajadora de América Latina debe defender el derecho a la autodeterminación de los pueblos, en donde el pueblo debe organizarse políticamente de la manera que ellos elijan dentro de su propio territorio. En el caso de Venezuela, si la democracia plebeya eligió a Nicolás Maduro como su presidente, entonces nadie puede regatear su forma de elección gubernamental y nadie puede sustituir el modelo republicano elegido por los propios venezolanos. Por lo tanto, la primera medida es reconocer a Nicolás Maduro como presidente de Venezuela y que Trump lo libere vivo de su secuestro para que pueda reintegrarse a cumplir con la tarea que emana del poder ejecutivo en su país.

Es imperativo que la clase trabajadora debe romper relaciones económicas, políticas, militares y

de todo tipo con los Estados Unidos, porque ellos están interviniendo en un país democrático y porque sus intereses económicos están limitados con el interés plebeyo que defiende el gobierno de Maduro. Aquí el único país terrorista es, en todo caso, aquel que ocupa su ventaja militar para bombardear países soberanos, en tanto estas naciones tienen reservas de materias primas estratégicas.

Por lo tanto, la segunda medida es romper relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, al tiempo que Trump debe ser juzgado en la corte internacional como terrorista.

La clase trabajadora de América Latina debe poner el acento en el valor político y económico de Venezuela, en donde su modelo de planificación central ha logrado combatir el embargo económico y mediante la séptima transformación se logró levantar la economía del país. En este tenor, Nicolás Maduro es el representante de un modelo organizativo superior en la historia humana, en donde las unidades económicas están bajo el control del Estado y la riqueza generada se pone a disposición del pueblo venezolano.

La tercera medida es llamar a la nacionalización de las empresas estratégicas de los Estados Unidos y que éstas le pertenezcan a los proletarios de América Latina. La clase trabajadora debe tener claro que una de las fuentes de poder de la propia sociedad venezolana, es que el proyecto apostó por el desarrollo de una red nacional de comunas, en donde la economía dejó de ser para unos cuantos y la riqueza está al servicio de la comunidad. Esta forma económica se basa en el control obrero de los medios de producción, en donde los proletarios controlan el motor de la riqueza y la ley de la distribución es aquella máxima que dice lo siguiente: quién no trabaja no come.

La cuarta medida es no sólo nacionalizar los medios de producción, sino que estos se repartan de manera estratégica y regional a los proletarios que hay en este continente. Para que los proletarios en América Latina logren lo antes planteado, deben apoyarse de herramientas revolucionarias. En este momento, la huelga política de masas es la vía más aceptable, ya que en la realidad, la viabilidad y factibilidad puede verse en el nivel concreto. La consciencia de clase no se consigue únicamente en los libros, sino que se va madurando dentro del avance que el proletariado tiene en la lucha de clases: sólo con la lucha, se consigue un proletariado revolucionario.

La quinta medida no es otra cosa que llamar a la huelga general, en donde el objetivo es parar a los sectores económicos estratégicos que hoy dominan o quieren dominar los Estados Unidos.

.